

JUDITH BUTLER, *Lenguaje, poder e identidad*, Síntesis, Madrid, 2004 (1997). 271 páginas.

*Lenguaje, poder e identidad* es el título en castellano del interesante trabajo, *Excitable Speech. A politics of the Performative*, de la profesora norteamericana Judith Butler. Representante aventajada de la teoría feminista, el conocimiento e interés por su obra está traspasando los circuitos de la teoría feminista y los colectivos de personas gays y lesbianas, quienes la consideran un referente de lucha y una de las principales inspiradoras de la teoría *queer*.

El libro plantea desde la teoría performativa y con ejemplos concretos de discurso potencialmente ofensivo —el lenguaje racista, la pornografía y la autodeclaración gay o lesbiana en el ejército— el *poder* del lenguaje de odio. Judith Butler vuelve a reflexionar cómo el pensamiento *queer* entiende que todo nombre y lenguaje injurioso tiene la posibilidad de transformarse en habla subversiva. “El habla subversiva es la respuesta necesaria al lenguaje injurioso, un peligro que se corre como respuesta al hecho de estar en peligro, una repetición en el lenguaje que es capaz de producir cambios” (p. 261). La relación no es siempre necesaria entre el nombre o discurso injurioso y la herida psíquica y física que provoca en la persona a quien se destina.

Al igual que sus trabajos precedentes éste es un texto denso, abstracto y esotérico, y no porque así lo evalúe yo, sino porque de tal forma considera la autora sus escritos, sorprendiéndose, por tanto, del interés que despiertan sus obras y de su elevado número de lectores.

Las preocupaciones fundamentales del texto son para la autora tanto retóricas como

políticas (p. 36). Profundiza en la performatividad lingüística y en la elaboración de nuevos contextos para el lenguaje ofensivo que posibiliten en el futuro una ciudadanía más inclusiva y una democracia radical.

El libro reúne cuatro trabajos donde se aborda la cuestión del performativo desde diversas situaciones políticas —el discurso de odio, la quema de cruces como ejemplo de lenguaje racista, la pornografía y la autodeclaración gay en el ejército. A estos trabajos se añade una introducción donde se explora y se da cuenta “De la vulnerabilidad lingüística” y se formula la hipótesis principal del libro: “que el habla está siempre de algún modo fuera de control” (p. 36). Judith Butler, apoyándose en las posturas performativas de John Langshaw Austin y Jacques Derrida, va a cuestionar la eficacia del performativo injurioso. El término insultante puede ser “devuelto” al hablante de una forma diferente, que puede citarse contra sus propósitos originales y producir una inversión en sus efectos (p. 35). Para que pueda producirse esta posibilidad debe defenderse el hiato entre el decir injurioso y el acto hiriente, posicionándose en contra de algunas aproximaciones legales que presuponen el carácter ilocucionario del lenguaje de odio (el lenguaje ejerce inmediata y necesariamente efectos hirientes) ya que así quedaría descartada toda posibilidad de desactivar la fuerza de ese lenguaje por medio de un contra-lenguaje (p. 70).

En “Actos ardientes, lenguaje ofensivo” (capítulo 1) se analiza el diferente tratamiento que los tribunales de la ciudad de St. Paul, el Estado de Minnesota y el Tri-

bunal Supremo de Estados Unidos dan a un ejemplo de discurso racista: la quema de una cruz delante de la casa de una familia negra. El más alto Tribunal de los Estados Unidos revocó la decisión del Tribunal de Minnesota que consideraba el hecho de la cruz en llamas como un caso de “palabras que agreden”, afirmando que la cruz en llamas no constituía un caso de “palabras que agreden”, sino un “punto de vista” en el “mercado libre de ideas” y que tales “puntos de vista” quedaban protegidos de forma categórica por la Primera Enmienda (libertad de expresión). Es importante apuntar cómo los tribunales de tendencia conservadora suelen cuestionar la relación entre el lenguaje y la conducta en el caso del lenguaje racista, mientras que cuando se trata del lenguaje sexual — como Butler destaca — afirman una visión ilocucionaria.

Si el principal interés de este trabajo es demostrar la posibilidad de agencia del lenguaje —acto con consecuencias—, la audaz manera de abordarlo en cada uno de sus capítulos hace que sus planteamientos teóricos se multipliquen. Nos encontramos ante un libro abierto que introduce diferentes elementos relacionados con el poder de herir, silenciar, reaccionar y responder de las palabras hirientes. Una vez que se vence la dificultad de su escritura —es denso y abstracto— las innumerables sugerencias que se entrecruzan y dibujan en el texto son dignas de reflexión. A lo largo del libro se despliega una propuesta de retórica y política abierta con el claro objetivo de avanzar hacia una futura democracia radical.

Desde las primeras páginas se señalan a los teóricos que caminan en la senda por la que la autora va a transitar: John L. Aus-

tin, Louis Althusser, Pierre Bourdieu, Jacques Derrida, Sigmund Freud y Michel Foucault son sus compañeros de odisea. Las dificultades en las que nos hará entrar sólo se vencen con una profunda reflexión; ésta no es una obra de lectura rápida y apresurada, requiere del conocimiento de la performatividad lingüística, ya que uno de los objetivos del libro será también esbozar una teoría más general de la performatividad del lenguaje político (p. 71). La teoría de los actos de habla (*speech acts*) de Austin, la noción de interpelación de Althusser, la reformulación crítica del performativo en Bourdieu y Derrida, la idea de poder de Foucault o un conocimiento del pensamiento y las principales nociones del psicoanálisis freudiano son elementos presentes en el libro que el lector deberá incorporar si quiere entender completamente las propuestas de Butler en *Lenguaje, poder e identidad*.

Con una introducción imprescindible sobre la controvertida regulación por parte del Estado del discurso de odio, en “Performativos soberanos” (capítulo 2) se pasa a examinar el performativo del “habla como conducta”. Cuando hablar es inmediatamente actuar (visión ilocucionaria). En el discurso de odio esto conlleva la subordinación de la persona a quien se dirige; el ejemplo aquí destacado será el de la pornografía. La degradación y subordinación que sufren las mujeres representadas por la pornografía es un claro ejemplo de este tipo de acto de habla. Se muestra cómo las mujeres que representa el discurso pornográfico pierden la voz y se ven desposeídas del poder de hablar: “El habla del destinatario ha sido privado de lo que Austin llamó su fuerza ilocucionaria” (p. 141). La pérdida de este poder perfor-

mativo supone la privación de la ciudadanía, ya que Butler va a sumarse a aquellos que ven el poder performativo como la condición lingüística de ésta. Recuérdese que teóricos de la política, desde Aristóteles hasta Hannah Arendt, han afirmado que es en su calidad de seres lingüísticos como los seres humanos se convierten en seres políticos (p. 262).

La cohesión y coherencia del trabajo se perciben por la constancia en el desarrollo de sus hipótesis a lo largo de todo el libro. El cuestionamiento en este capítulo de los performativos soberanos es un avance hacia la posibilidad del habla subversiva que sólo será posible si se rompe el hiato entre habla y conducta.

En “Palabra contagiosa. Paranoia y *homosexualidad* en el ejército” (capítulo 3) vuelve a analizarse otro ejemplo de suspensión de la ciudadanía: la ciudadanía militar que en la realidad es ya una ciudadanía limitada, se restringe aún más si se es homosexual. En el ejército norteamericano se considera ilocucionaria la autoafirmación como gay o lesbiana; la autodeclaración de homosexual se convierte en un acto homosexual. Para Butler el Departamento de Defensa realiza una regulación paranoica de la autodeclaración homosexual en el ejército: “la autodefinición homosexual es explícitamente interpretada como una conducta contagiosa y ofensiva” (p. 180). La normativa describe como performativa la autodefinición de la homose-

xualidad en el ejército, por lo que si se quiere pertenecer a él es necesario que gays y lesbianas auto-nieguen su sexualidad. El texto relaciona esta situación con el activismo del movimiento *queer*, para quien la manifestación pública de la homosexualidad forma parte del significado cultural y político de lo que es ser homosexual.

El libro concluye con un capítulo general, “Censura implícita y agencia discursiva” (capítulo 4), donde se apuntan de forma implícita algunas conclusiones. En todo momento nos encontramos con un trabajo abierto donde el proceso de rearticulación, resignificación y recontextualización del lenguaje ofensivo debe comenzarse ahora pero que deberemos esperar para un futuro sus resultados democráticos.

No me gustaría finalizar este comentario sin resaltar el acertado diagnóstico que la autora realiza de nuestra época, donde el trabajo de la vida intelectual y el trabajo de la política se oponen. “Responder a algunas preguntas se considera peligroso y esto es porque vivimos en una época donde el trabajo intelectual es infravalorado en la vida pública, y donde el anti-intelectualismo afecta a una parte sustancial del ambiente académico” (p. 259). Lo mejor que puede decirse de este trabajo es que palia y alivia esa situación de mediocridad académica.

BENITA BENÉITEZ